



El Juego: Donde Comienza el Trabajo de la Infancia

Por HeyZeus Oak

Si uno pasa un poco de tiempo observando a un grupo de niños pequeños, pronto comienza a aparecer algo extraordinario. Un puñado de ramas se convierte en un pueblo. Un tronco caído se transforma en un barco que cruza el océano. Un pequeño montículo de tierra se vuelve una montaña que debe ser conquistada y defendida. La historia cambia y evoluciona a medida que los niños se suman al juego, traen nuevas ideas y continúan desarrollándolo juntos.

Para los adultos, estos momentos pueden parecer simples o incluso caóticos. Sin embargo, dentro de esta actividad se encuentra uno de los procesos más importantes de la infancia. El juego no es una pausa en el aprendizaje; es su esencia. En los primeros años, es la manera en que el niño va entrando poco a poco en el mundo terrenal, tomando la vida en sus manos a través del movimiento y la imaginación.

Durante los primeros años, los niños experimentan el mundo con gran intensidad, pero aún no tienen el lenguaje ni el pensamiento conceptual para explicar lo que viven. La alegría, la frustración, el miedo, la curiosidad y el asombro se mueven con fuerza dentro del niño pequeño.

El juego se convierte en el espacio donde estas experiencias pueden transformarse y comprenderse.

Un niño que ha visitado al médico puede más tarde fingir ser el doctor que cuida a un paciente. Un momento difícil entre amigos puede aparecer en una historia sobre animales o caballeros. Una experiencia que causó miedo puede repetirse una y otra vez en el juego hasta que la historia encuentra un nuevo final. A través de la imaginación y el movimiento, el niño vuelve a dar forma a sus experiencias hasta que puede integrarlas dentro de sí mismo. El niño pequeño vive en un mundo donde la imaginación y la realidad aún no están separadas. En el juego, el mundo interior de las imágenes se encuentra con el mundo exterior de la tierra, la madera, la piedra y el cielo.

Por esta razón, el juego muchas veces tiene una cualidad silenciosamente sanadora. Aquello que el niño aún no puede expresar con palabras puede elaborarse a través de la acción, la historia y la imaginación. El niño no está analizando conscientemente lo que ha vivido. Más bien, el juego se convierte en el lenguaje mediante el cual la vida se asimila e integra.

Pero también ocurre algo más profundo. Para el niño pequeño, el mundo todavía es nuevo. Cada piedra levantada, cada rama transportada, cada refugio construido forma parte del proceso gradual mediante el cual el niño comienza a sentirse en casa en la tierra. A través del juego, el niño descubre la gravedad, la resistencia, el equilibrio y las consecuencias de sus acciones. Comienza a sentir lo que significa vivir dentro de un cuerpo que puede actuar sobre el mundo.

El juego es también el lugar donde el niño comienza a despertar su voluntad. Mucho antes de que se desarrolle un pensamiento claro, el ser humano primero aprende a actuar en el mundo. Al trepar, construir, cargar, cavar e inventar juegos, el niño comienza a experimentarse como alguien capaz de dar forma al mundo por iniciativa propia.

Los niños pequeños están llenos de un enorme impulso de hacer. Quieren moverse, construir, organizar, explorar y transformar las cosas. En el juego, este impulso se vuelve visible. Un grupo de niños decide construir un refugio. Uno reúne ramas mientras otro acomoda piedras para formar una pared. Surge un desacuerdo sobre dónde debería estar la entrada. La estructura se derrumba y se vuelve a construir.

A través de este proceso, el niño practica la perseverancia, la iniciativa y la cooperación. Estas cualidades no pueden enseñarse solo con explicaciones. Deben vivirse.

El juego también introduce al niño en un elemento esencial de la vida: el riesgo. Trepar a un árbol, caminar sobre un tronco o saltar de una piedra a otra exige que el niño ponga a prueba sus propias capacidades. Estos momentos requieren valentía y juicio. El niño aprende a medir su fuerza, a reconocer límites y a intentar nuevamente cuando algo no resulta a la primera.

Cuando los niños tienen la oportunidad de explorar estos desafíos, desarrollan confianza en sus propias habilidades. Comienzan a confiar en su cuerpo y en sus instintos. Cuando todos los desafíos se eliminan en nombre de la seguridad, los niños a menudo se vuelven menos seguros en lugar de más capaces. Sin la oportunidad de ponerse a prueba, no pueden desarrollar el sentido interior que les permite enfrentar las dificultades con valentía.

El juego es también el lugar donde el niño comienza a entrar en la vida social. Cuando los niños juegan juntos, deben dar forma al juego constantemente como grupo. Uno imagina un castillo mientras otro introduce un dragón. Alguien cambia la historia. Alguien no está de acuerdo. El juego se desarma y vuelve a formarse muchas veces.

A través de estos encuentros, los niños aprenden a convivir con otros seres humanos. Practican la negociación, el liderazgo, el compromiso y la reconciliación. Estas lecciones rara vez ocurren a través de la instrucción directa de un adulto. Surgen naturalmente dentro de la actividad viva del juego.

En la educación Waldorf comprendemos que el juego no solo es importante para el desarrollo emocional y social. También es la base de la vida intelectual futura. En los primeros años, la tarea principal del niño no es el pensamiento abstracto, sino el fortalecimiento de la voluntad a través del movimiento y la actividad. Antes de que un niño pueda pensar con claridad, primero debe desarrollar la capacidad de actuar con propósito en el mundo.

Cada vez que un niño construye algo, organiza un juego, sube una colina o inventa una historia, está ejercitando esta capacidad. La voluntad se fortalece a través de la acción y la imaginación crece a través de la experiencia. Estas capacidades más adelante se convierten en la base del pensamiento.

El niño que ha pasado años construyendo mundos imaginarios en el juego, algún día podrá imaginar ideas. El niño que ha organizado juegos y proyectos con otros niños, algún día podrá organizar pensamientos. Lo que comienza en el juego finalmente se transforma en las capacidades interiores necesarias para el aprendizaje, la resolución de problemas y el pensamiento creativo.

De esta manera, el juego prepara silenciosamente el terreno para el trabajo académico que llegará más adelante en la infancia. Pero lo hace respetando el desarrollo natural del niño pequeño. En lugar de apresurar el pensamiento demasiado pronto, el juego permite que la imaginación, el movimiento y la experiencia social maduren primero.

En la educación Waldorf para la primera infancia hablamos a menudo del ritmo en la vida del niño. Así como la respiración alterna entre inhalar y exhalar, el día se mueve entre momentos de atención hacia adentro y momentos de expansión hacia afuera. El juego pertenece a este

movimiento hacia afuera. Es la exhalación a través de la cual el niño libera tensiones, explora posibilidades y transforma las impresiones del día.

Para los adultos, esta exhalación a veces puede parecer enérgica o incluso desordenada. Sin embargo, este movimiento es necesario. A través del juego, el niño reorganiza sus experiencias, libera tensiones que se acumulan en el cuerpo y recupera el equilibrio interior. Cuando los niños tienen suficiente tiempo y libertad para jugar, a menudo emergen más tranquilos, más centrados y preparados para volver a actividades más serenas.

La infancia moderna, sin embargo, muchas veces deja poco espacio para este tipo de juego. Muchos niños pasan rápidamente de una actividad organizada a otra. Los juguetes cada vez más entretienen al niño en lugar de invitar a su propia imaginación. Las pantallas ofrecen estimulación constante mientras dejan poco espacio para la actividad creativa del niño.

Sin embargo, el niño pequeño no desea realmente ser entretenido. Lo que busca es la oportunidad de actuar, crear y explorar. Quiere construir mundos, inventar historias y poner a prueba sus habilidades junto a otros niños.

Por esta razón, los entornos que creamos para los niños pequeños son profundamente importantes. Los niños necesitan tiempo que no esté apresurado, materiales que inviten a la imaginación y espacios que permitan el movimiento y la exploración. Pero, sobre todo, necesitan la libertad de jugar sin la constante dirección de los adultos.

Cuando estas condiciones están presentes, el juego comienza a desarrollarse de manera natural. Un grupo de niños reúne ramas y comienza a construir un refugio. Uno se convierte en el guardián de la entrada mientras otro prepara una comida imaginaria. La historia crece, cambia, se derrumba y vuelve a comenzar.

Lo que desde afuera parece una actividad simple es en realidad el silencioso trabajo a través del cual se despliega la infancia. A través del juego, el niño transforma la experiencia en comprensión, fortalece la voluntad mediante la acción y despierta la imaginación que más adelante se convertirá en la base del pensamiento. Para el niño pequeño, el juego no es algo separado de la vida. Es la forma en que la vida se toma, se explora y se hace propia.

Por eso el juego siempre ha estado en el centro de una infancia saludable. No es simplemente un pasatiempo. Es el trabajo mediante el cual el niño, poco a poco, llega a sentirse en casa en el mundo.

Biografía del autor

HeyZeus Oak es el director y fundador de **Heart in Hand Preschool** en Portland, Oregon, un programa de educación Waldorf para la primera infancia completamente certificado y miembro de WECAN. Es mentor formado a través del **Center for Anthroposophy** y está dedicado a cultivar reverencia, ritmo y belleza en la vida de los niños pequeños.